

CONTRA EL HOMBRE DE LA CALLE. IDEAS Y PROYECTOS DEL CORPORATIVISMO CATÓLICO CHILENO (1932–1954)

Against the Street Man. Ideas and Projects of Chilean Catholic Corporativism (1932–1954)

Ernesto Bohoslavsky: ebohosla@ungs.edu.ar

Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, Argentina

Recibido: Julio 2006. Aprobado: Octubre 2006.

RESUMEN

Este artículo procura mostrar las principales líneas ideológicas del corporativismo católico propugnado por las revistas *Estudios* y *Estanquero* en las dos décadas posteriores al inicio de la segunda Presidencia de Alessandri en 1932. Se intenta mostrar que estas publicaciones ofrecían un programa coherentemente autoritario, paternalista y antiliberal, que no obtuvo un respaldo significativo entre los sectores dominantes ni los subalternos. La presencia de partidos de derecha consolidados y electoralmente competitivos así como la intensa presencia del anticomunismo le quitaban atractivo político e ideológico a las propuestas del corporativismo católico.

PALABRAS CLAVES: Corporativismo, Catholicismo, Anticomunismo.

ABSTRACT

This article tries to show the main ideological contents of the Catholic corporatism led by the magazines *Estudios* and *Estanquero* in the two decades after the beginning of the second Presidency of Alessandri in 1932. These publications offered a cohesively authoritarian, paternalistic and anti-liberal program that did not gain significant support either from the dominant sectors or the subordinate ones. The presence of consolidated and electorally competitive right-wing parties, as well as the intense presence of anticommunism, lessened the political and ideological attractiveness of the proposals of the Catholic corporativism.

KEY WORDS: Corporativism, Catholicism, Anticommunism.

I. INTRODUCCIÓN

Durante las décadas de 1930 y 1940 hicieron su aparición en la escena política nacional varios grupos nacionalistas, nacional-socialistas, ultra-católicos y corporativos que coincidían en su espíritu antiliberal y su crítica de la democracia representativa. Muchos de los que hicieron sus primeros pasos como nacistas, corporativistas o promotores del autoritarismo durante el gobierno de Alessandri, terminaron recalando en el ibañismo a finales de la década de 1940 y durante el posterior gobierno de Ibáñez. Se trataba, por lo general, de grupos pequeños (salvo el nazismo) aferrados a posiciones de la derecha doctrinaria y antiliberal. Sostener que no constituían parte de la derecha porque no se asumían como tales parece un ejercicio poco feliz de lo que los antropólogos denominan “asumir la teoría nativa”. La exclusión de estos colectivos políticos de su –a todas luces evidente– pertenencia a la derecha es lo que le permitió a Sofía Correa (2004:81) ofrecer una imagen más cohesionada, democrática y pragmática de la derecha chilena del período de lo que corresponde.

¿Cómo agruparlos o clasificarlos? Carlos Ruiz (1992a:22) cree que hay una “tradicón cultural” conservadora que se divide en dos ramas: una nacionalista de contenido fundamentalmente político, que apostaba por un estilo de gobierno autoritario y centralizado, y otra corporativista, más preocupada por aspectos sociales y promotora de un orden funcional-profesional que reemplazara a las funciones asumidas por el Estado. Verónica Valdivia (1995a:6), por el contrario, considera que es el “nacionalismo” del segundo tercio del siglo XX el que ha tenido dos familias: la *fascista* que ponía el acento en la emotividad y en su función heroica y misional y la *corporativista* que recalca su dimensión proyectual y su carácter alternativo a los partidos. Como representante de esta primera tradición se puede contar al Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS) y al Movimiento Nacionalista de Chile (MNCH). La segunda tradición aparece en revistas católicas y corporativistas como *Estudios y Estanquero*.

En lo que sí hay consenso en la literatura es sobre el carácter minúsculo de estos grupos y que tenían como prenda de unión al anti-liberalismo. También podría agregarse que estos colectivos guardaban diagnósticos bastante similares acerca de los “males” de Chile. El principal problema de Chile era la distancia existente entre el país real y el país legal, distinción que en muy buena medida provenía del nacionalismo radical de la Tercera República francesa (Maurras, Barrès, etc.). En algún momento del siglo XIX (para algunos 1851, para otros 1891), postulaban que el país se había desencontrado con su esencia hispana, católica, autoritaria y varonil, y se había entregado a la mollicie, el cosmopolitismo y a un envilecimiento afeminado. En consecuencia, el proyecto político que promovían muchos de los grupos de derecha fascista, corporativa o ultra-católica tenía mucho de restauración del Chile colonial y portaliano y su organización social pretendidamente paternalista y espartana.

Este artículo aspira a repasar discursos de estos grupos ligados al corporativismo católico entre 1932 y 1954. A la hora de hacer nombres, este artículo se concentrará en dos de ellos, por ofrecer versiones contrapuestas del corporativismo: en primer lugar, Jaime Eyzaguirre, director de la revista *Estudios* en las décadas de 1930 y 1940, y en segundo lugar Guillermo Izquierdo Araya y la revista *Estanquero*, vinculados al ibañismo tras la Segunda Guerra Mundial. En las conclusiones de este trabajo se ofrecen algunas ideas para entender el escaso atractivo social que obtuvieron esas ideas en el país.

II. EL CORPORATIVISMO EN CHILE EN EL SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XX

La década de 1930 bien puede ser catalogada como la que alumbró el mayor número de proyectos corporativos en la historia chilena. Aquí podemos encontrar mucho más un signo del mundo de entreguerra que de la propia experiencia nacional. La aguda crisis económica desatada a partir de los meses finales de 1929 profundizó en los años posteriores los ataques a la democracia liberal en todo Occidente, ataques éstos que se habían intensificado desde el final de la Primera Guerra Mundial. Las experiencias dictatoriales de Dollfus, Franco, Hitler, Mussolini y Salazar parecían encarnar el nuevo espíritu anti-liberal, y en muchos casos corporativo. No se trató sólo de una cuestión europea: basta ver los coqueteos con la “democracia orgánica” de los presidentes *de facto* de Argentina, el general Uriburu, y de Brasil, Getulio Vargas, para percibir que se trataba de una tentación política ampliamente distribuida en el mundo.

Podría hipotetizarse que el corporativismo selló su (escasa) suerte en Chile por haber llegado temprano a la cita. Implementado en parte durante la dictadura de Ibáñez, antes de que los efectos de la crisis económica mundial se hicieran patentes, no fue posible salvar al corporativismo de su caída junto a su promotor en 1931. Desacreditado entonces como posible salida al atolladero político y económico de Chile, desde 1932 el corporativismo se refugió como proyecto en múltiples ámbitos, pero con escasa proyección social. Estos grupos corporativistas, convencidos de la necesidad de abandonar el individualismo liberal y la representación política partidaria, se manifestaban más cercanos al conservadurismo y al tradicionalismo que al fascismo. En la promoción de las formas de la “democracia orgánica” se escucharon voces provenientes de diversos ámbitos: católicos nucleados en la revista *Estudios*, miembros de la Confederación de la Producción y el Comercio, admiradores de Salazar y Franco, el MNS, la Milicia Republicana e incluso *Lircay*, el periódico de la Juventud Conservadora. Si bien todos los promotores del corporativismo coincidían en declarar cerrada la experiencia liberal–democrática occidental iniciada en 1789, también había diferencias. El corporativismo que el MSN impulsaba se caracterizaba por ponderar la necesidad de que los gremios quedaran bajo dirección y orden estatal.

En cambio, *Estudios* y las voces más acentuadamente católicas insistían en el rol estrictamente tutelar del Estado, lo cual tendía un puente hacia las posiciones del empresariado que, desde que perdió el control del Poder Ejecutivo en 1938, se mostró refractario a la intervención pública en la economía.

El atractivo que pudiera tener el ideario corporativo–orgánico se fue desmoronando a finales de la década de 1930 en la medida en que esas nociones quedaban demasiado identificadas con el Eje. La imposición del Frente Popular en 1938 confirmó que Chile seguía apostando por el “demoliberalismo” y no que deseaba reemplazarlo por un “nuevo orden”. El inicio de la guerra ofreció aun menor espacio para que arraigaran las ideas corporativistas. Distinguir a éstas de las estrictamente fascistas era una tarea que requería una serie de malabares ideológicos –además de competencias intelectuales– que hacían dificultosa la faena. Por otro lado, la derecha tradicional no tuvo en esos tiempos la sensación de amenaza de inicios de la década de 1930 (o de 1919–20) y en consecuencia no tomó muy en serio la posibilidad de acompañar soluciones *manu militari* o extra–parlamentarias (Correa Sutil, 2004). Como es sabido, la agitación sindical se redujo durante la conflagración bélica merced a la “paz industrial” que la *Komintern* había ordenado antes de su disolución en 1943 y al apoyo de los trabajadores al gobierno del Frente Popular y sus políticas industrialistas. Por eso el discurso corporativista sólo fue rescatado por agrupaciones y figuras políticas a las que no les interesaba la política parlamentaria y se refugiaban en la actividad intelectual. Allí hibernaron durante los años de la conflagración europea hasta que fenómenos nacionales e internacionales les permitieron abandonar el ostracismo.

Hacia finales de la década de 1940 e inicios de la siguiente, el corporativismo tuvo un súbito renacimiento. El lanzamiento de la guerra fría y el reinicio de los conflictos sindicales después de 1946 brindaron un suelo más fértil para las ideologías extremas, entre ellas la proveniente de un amplio movimiento anticomunista orientado por los nacionalistas (Valdivia, 1995b:11). Estas ideas encontraron mayores audiencias a través del Partido Agrario Laborista (PAL) y la revista *Estanquero*. La creciente pérdida de legitimidad de la democracia y de los acuerdos parlamentarios, el agotamiento producido en la población tras años ininterrumpidos de gobierno del Frente Popular, el estancamiento del impulso desarrollista, la inflación y una presencia comunista más activa, crearon condiciones para que, en el nuevo clima de la guerra fría, parecieran más atractivos los discursos antidemocráticos, entre ellos, los que promovían un “orden orgánico” (Valdivia, 1995a:39; Correa Sutil, 2004:147). El hartazgo frente a las permanentes transacciones parlamentarias y cambios de gabinete y las denuncias de corrupción y fraude, estimulaba la llegada de partidos que no hubiesen tenido responsabilidad de gobierno, como el PAL, que se convirtió en el partido más votado en las elecciones presidenciales de 1952, imponiendo la candidatura de Ibáñez.

III. ESTUDIOS CONTRA EL HOMBRE DE LA CALLE: 1932–1945

La década de 1930 fue muy relevante para el movimiento católico social chileno. Si bien un notorio espíritu anti-liberal recorría a la Iglesia y a los hombres que en ella militaban (al igual que en Argentina), era posible encontrar diferencias notorias entre ellos. Puede pensarse que el catolicismo anti-liberal chileno se dividió en dos vertientes. Una de ellas, a la postre más exitosa en términos políticos y electorales, se agrupó primero en la Juventud del Partido Conservador, posteriormente en la Falange (1938) y finalmente en la Democracia Cristiana (1957). Esta corriente creía posible la colaboración política con las fuerzas de la clase trabajadora y otros partidos que la representarían: en esta mirada, el discurso cristiano no era entendido como una defensa del *statu quo* sino como un instrumento para modificarlo. La democracia era vista como el ámbito deseable para que se socializaran los conflictos de la “comunidad” y los partidos políticos eran ponderados, precisamente, por organizar a esos competitivos intereses sociales (Covarrubias, 1987:94). Estos jóvenes cristianos tenían metas que iban más allá del orden social existente, ya que condenaban al capitalismo *in toto* y no sólo a específicos capitalistas “explotadores” por ser malos cristianos (Covarrubias, 1987:132; Catalán, 1985:195). Pero no es de esta vertiente de la cual aquí se dirá algo, sino de su contrincante.

La otra corriente del catolicismo antiliberal se clausuró en una perspectiva anti-comunista y anti-democrática. Los hombres que se enrolaban en ella no se preocupaban tanto de promover una nueva sociedad, sino de hacer respetar el ordenamiento jerárquico de los cuerpos de la sociedad (Covarrubias, 1987:130). Sus intereses se concentraban en la defensa de los derechos de una Iglesia a los que sentían permanentemente amenazados por la laicización. El mensuario *Estudios* (1932–57) ocupó un lugar relevante, pero no solitario, dentro de esta vertiente. Dotado de una línea editorial ortodoxamente católica, *Estudios* se dedicaba a analizar sucesos de actualidad a la vez que a discutir problemáticas más generales como la historia nacional, el legado hispánico y modelos políticos alternativos. Por su prestigio intelectual e influencia, *Estudios* fue la revista más importante del corporativismo y el tradicionalismo hispanófilo (Catalán, 1985:179). Por su línea ideológica, su cercanía a las posiciones del alto clero y su aristocraticismo intelectual, *Estudios* puede ser comparada con la revista argentina *Criterio*. Su desapego —y aun desprecio— por los problemas cotidianos, su concentración en preocupaciones filosóficas y teológicas, y un prestigio por fuera de los círculos eclesiásticos, eran aspectos compartidos por ambas revistas. Quizás un punto que las diferenciaba era la presencia en *Criterio*, al menos en los primeros años, de jóvenes escritores provenientes de las vanguardias estéticas, que fueron posteriormente raleados, o bien optaron por alejarse. La perspectiva elitista de *Estudios* era más política que estética: su defensa del autoritarismo descansa en la creencia de la existencia de una elite naturalmente dotada más que en la promoción de la constitución de una jerarquía meritocrática.

La dirección del historiador Jaime Eyzaguirre le brindó a *Estudios* desde 1933 una coherencia ideológica a la hora de promover formas políticas acordes con la Encíclica *Quadragesimo Anno* (1931). Si bien la revista ganó en prestigio con la dirección de Eyzaguirre, nunca pudo convertirse en una influencia ideológica sobre sectores amplios de la población por su perspectiva elitista y anti-democrática (Ruiz, 1992a:29). *Estudios* asumió una perspectiva anti-decadentista y una defensa de un proyecto político autoritario sirviéndose de las formas de la (alta) cultura, entendida ésta como de su exclusiva propiedad (Catalán, 1985:181). Sus alianzas periodísticas y políticas internacionales quedaban expresadas en las saluciones que frecuentemente incluían en sus páginas y en las publicaciones de novedades bibliográficas: allí se ofrecía lo más representativo del pensamiento católico, nacionalista e hispanófilo del mundo latino (Tristão de Ataíde, Jacques Maritain, Hillaire Belloc, Ramón Menéndez Pidal, Pedro Lira Urquieta, Marcelino Menéndez y Pelayo, Vicente Sierra, Manuel Gálvez, Ramiro de Maeztu, Manuel Zuloaga, Rafael Barahona, Abdón Cifuentes, Juan Donoso Cortés, etc.). Los miembros de *Estudios* poseían la convicción de estar desarrollando una verdadera cruzada ideológica y religiosa contra la modernidad, el individualismo y la decadencia de Chile. Un editorial con motivo de los primeros doce años de vida de la revista dio la oportunidad a los redactores de recordar su cometido. La dirección de *Estudios* sostenía que siempre había servido a la misma causa, pero habían variado los flancos de su ataque: “al liberalismo individualista en defensa de la doctrina social de la Iglesia”, “al racismo en nombre de la común paternidad de Dios y aun del especial destino de Israel”, “a los totalitarismos, como denigradores de la persona humana”; todos estos combates eran “aspectos de una misma actitud” (Eyzaguirre, 1944c:3).

Eyzaguirre creía encontrar en la doctrina social de la Iglesia y el corporativismo una ideología que aseguraba a la vez la subordinación de la dimensión socio-económica de la vida a la moral, cierta forma de justicia social entendida como caridad, el predominio de los naturalmente comisionados para gobernar y el fin de la anarquía del mercado y el individualismo a través de una “economía dirigida”. (Ruiz, 1992a:24). En esta preocupación, como ha mostrado Ruiz (1992a: 26), no había “ninguna promesa de extensión de la democracia”, sino un intento de “contener el desborde democrático del Estado”, clausurando los mecanismos de incorporación de demandas populares y la recomposición de las jerarquías sociales, en franco desafío por los procesos de modernización desatados después de la primera guerra mundial. En esta perspectiva, el corporativismo era más que una doctrina económica: era una alternativa integral frente a la democracia liberal. De allí la adopción de la fórmula de “subsidiariedad” expresada en *Quadragesimo Anno*, que Eyzaguirre plantea desde mediados de la década de 1930: según esta teoría, el Estado debe respetar la gestión económica privada y no ha de suplantarla sino cuando ésta sea insuficiente. El Estado vigila y orienta la economía, pero no la produce. Si bien las compatibilidades o “afinidades electivas” con la doctrina clásica de la economía liberal eran, como se puede apreciar, bastante claras, no fue hasta la década de 1960 que aquellas se hicieron explícitas por parte de los “gremialistas” provenientes de la Universidad Católica, especialmente por Jaime Guzmán y la revista *Portada*.

En otros aspectos, el antiliberalismo de *Estudios* era mucho más estridente. Al igual que el MNS, repudiaba al liberalismo por considerarlo sinónimo de imprevisión, individualismo y búsqueda descontrolada de lucro: el resultado de su imposición en 1891 era que en Chile faltaba el espíritu de unidad que da “sentido a la existencia colectiva y a la existencia individual” (Oyarzún, 1944:4). La democracia liberal era un síntoma de descomposición social y moral, que permitía el gobierno de las mayorías incultas por sobre la calidad y las minorías rectoras. Las elecciones eran “apariencias democráticas” determinadas por “el cohecho de los partidos”, de manera tal que sólo consiguen que las autoridades obedezcan a la fortuna antes que a la capacidad (Orrego Vicuña, 1944:5). De allí que el “demoliberalismo” estaba enfermo de muerte y no podía defenderse del antagonista que había creado: el comunismo. El individualismo y el materialismo liberal habían engendrado al comunismo: por eso extirparlo no podía ser tarea de la democracia liberal (Durelli, 1941:11). La batalla contra el comunismo no podía ser encarada con las armas tradicionales del régimen liberal ni con la policía. La única manera de superar al comunismo era creando una sociedad con bases cristianas y corporativas (“El liberalismo causa del comunismo”. 1937:61). Este proyecto no era sencillamente una diatriba reaccionaria: Eyzaguirre no se oponía a las reformas sociales por considerar al orden humano secular e imperfecto *per se*. Simplemente se limitaba a señalar que esas reformas debían ir en diálogo con la tradición y no en contra de ella; como expuso monseñor Larraín Errázuriz (1944:4), “si la Iglesia mira la tradición como elemento imprescindible de progreso, tampoco se apega exclusivamente al pasado, ni se espanta ante la natural evolución que se realiza”.

Las reformas debían servir al efecto de eliminar las causas que producen el comunismo, que tenían una raíz más profunda que la propaganda comunista: el abandono de los principios católicos, el materialismo y la voracidad de las clases acomodadas (Orrego Vicuña, 1944:6; Larraín Errázuriz, 1944:5–8).

“En el olvido de los deberes de justicia y caridad está la raíz del mal. Porque el mundo se ha dejado arrastrar por una sed insaciable de lucro y ha ahogado en el fondo de un materialismo grosero las más elementales iniciativas de respeto a la persona humana [...] Los que sin desprenderse del título de católicos han desoído con contumacia la palabra de la Iglesia, que en todos los tonos señala los deberes de justicia y caridad, no podrán ya excusarse de saber que la traición de sus principios ha contribuido, más que la prédica malsana de los agitadores, a atizar la inmensa hoguera comunista de la que imaginan librarse con insensatas medidas de represión y violencia” (Eyzaguirre, 1937:3).

Para que las personas recobraran su dignidad, había que abandonar la “teoría antinatural de un Rousseau que nos dio como fruto una de las formas más inhumanas de civilización de la historia” (Larraín Errázuriz, 1944:5). Se trataba de garantizarle a los trabajadores dignidad e independencia, abandonando la “dispersión individualista”

y la mercantilización del trabajo “a través de asociaciones naturales como la familia, los gremios y sindicatos” (Ycaza Tigerino, 1944b:10). El modelo de las corporaciones medievales resultaba especialmente atractivo a los hombres de *Estudios* porque ofrecía un régimen de orden jerárquico y sacralizado que era aceptado por los trabajadores. Se argumentaba que este modelo de organización social permitiría la igualdad real entre los hombres, esto es, “la igualdad moral ante Dios, de que toda injusticia será reparada en otra vida mejor” (Ycaza Tigerino, 1944a:11). Desde la tribuna que *Estudios* le ofrecía, monseñor Larraín Errázuriz (1944:9) propuso como base para una “bien entendida democracia”, la aplicación de las reformas propugnadas por la Iglesia. El asesor eclesiástico sostenía que la raíz de la democracia era el cristianismo, dado que había establecido la verdadera igualdad y fraternidad humanas: la verdadera democracia no podía quedar en manos de “dictadores plutocráticos, proletarios o políticos”, sino que era necesario asegurar la dignidad de la persona humana dándole “reconocimiento efectivo en las instituciones económicas”. De esta manera, el trabajador estaría convencido de que debía obedecer, de que el trabajo lo ennoblecía y de que había en la sociedad una jerarquía natural.

Si el corporativismo de base católica era la salida para el laberinto social y político al que conducía el “demoliberalismo”, es comprensible que *Estudios* haya intentado profundizar la convicción de que la identidad católica era excluyente con cualquier otra. Aquellos que se consideraban “católicos democráticos”, “católicos comunistas” o “católicos nazis”, debían optar por alguna de las dos pertenencias. Liberalismo, nazismo y comunismo eran herejías que pretendían “realizar una justicia externa que para nosotros es la suprema injusticia” (F. 1944b:4). Cuando los comunistas ampliaron su política de frentes populares a fines de la década de 1930, tentando a los militantes católicos a formar parte de una alianza más general contra los fascismos o por el mejoramiento de la situación de las clases trabajadoras, la respuesta de la ortodoxia católica fue el cierre de filas. No era posible equiparar las reivindicaciones sociales de los partidos de izquierda con los principios de la doctrina social de la Iglesia.

“Creyéndose ‘oportuno’, se busca cristianizar a las masas repitiéndoles las palabras: ‘¡Cuán difícil es que un rico entre el reino de los cielos!’ , pero ocultándoles el ‘Bienaventurados los misericordiosos y los puros de corazón’” (F. 1944b:4–5).

Los católicos que habían comenzado a dudar de la “sociología y la economía católicas” para enfrentar al mundo moderno, deberían apartarse de la tentación del “contubernio marxista” y volver “a la trinchera abandonada, a la dolorosa soledad de la posición difícil y desamparada, y tal vez hasta el descenso a la arena del circo y a las catacumbas” (Ycaza Tigerino, 1944b:13). A los creyentes o clérigos que pensaban que el comunismo ya no era el enemigo de antaño, *Estudios* les advertía de su error: tras el llamamiento a la acción unitaria anti-imperialista o anti-fascista se escondía la verdadera cara del marxismo. Rusia sólo aspiraba a dominar sirviéndose de una doctrina materialista adaptada a sus

necesidades (Astaburuaga Echenique, 1944:23–24). De allí que un artículo de *Estudios* sobre el tema concluía que “tenemos que rechazar una mano que se alarga hipócritamente hacia nosotros” (Ravest, 1938:26). Aunque compartía con el marxismo la voluntad de obtener “la liberación total de las criaturas”, el cristianismo sabía de antemano que eso no iba a ocurrir porque “el triunfo total de la paz y de la justicia tan sólo podrá ocurrir el día en que Cristo en persona venga a establecerlas” (Eyzaguirre, 1938:17).

Esta percepción religioso-cultural de la vida política que ofrecían las plumas de *Estudios*, tenía una dimensión histórica de mucho peso en sus páginas. Esa fuerte presencia de la historia no se debía sólo al peso que suele tener entre los grupos conservadores, como ha expresado Francisco Cuadra (1992:47). Entiendo que el recurso a la historia tiene que ver con la necesidad de exponer una argumentación eminentemente decadentista sobre la realidad nacional. Esta concepción, según Buchrucker (2003:17), actuaba como una “droga intelectual” que aliviaba “el resentimiento causado por la visible superioridad científico-tecnológica, económica y militar de otras potencias”. La lectura decadentista de la vida chilena señalaba como los momentos de mayor felicidad colectiva a los tiempos coloniales (la Edad Media americana) y al orden portaliano. Este último fue una nota excepcional en la historia del continente según Ycaza Tigerino (1944d:8–9): las razones de esa positiva diferenciación de Chile eran la “menor proporción de elementos étnicos anarquizantes” y “la eliminación de los peligrosos excesos del romanticismo democrático y de los brotes demagógicos”. En lo que se ha observado, no parece ser tan certera la impresión de Halperin Donghi (2005:16) de que el revisionismo chileno parecía menos inclinado que su par argentino a politizar e instrumentalizar el pasado de una manera basta y burda. La interpretación del pasado era igualmente mecánica, ideologizada e intencionada a servir a intereses identificables del presente.

En la mirada que Eyzaguirre ofrecía de la historia chilena, la herencia española era considerada el patrimonio más valioso: allí creía encontrar las necesarias reservas de heroicidad y espiritualismo anti-materialista para intervenir sobre la decadente realidad de las décadas de 1930 y 1940.¹ En esa lectura, Chile estaba sumido en un proceso de degradación moral a causa de haberle dado la espalda a su propia historia y a su identidad hispánica y autoritaria, asumiendo, en cambio, valores liberales y universales (Eyzaguirre, 1941:4). El cultivo de las ideas foráneas había dividido artificialmente a los chilenos, poniéndolos en riesgo frente a los peligros externos. Desde fines del siglo XIX, la historia de Chile no es más que el relato de la decadencia nacional.

¹ Las alabanzas a la acción colonial española, así como a su legado de “cruz y espada” aparecían frecuentemente en la publicación. En ocasión del Congreso Eucarístico Nacional en 1941, se señalaba que la “Madre Patria”, la España de Franco, debe recibir el agradecimiento de sus “hijas” por haberles brindado la fe católica, el idioma y su fraternidad interamericana. “Y nuestra gratitud llega hasta ella, mezclando en un solo sentimiento de amor a Dios, que nos dio la patria, y a España, que fue el instrumento de Dios” (Larson, 1941:5).

Según revisó Buchrucker (2003:14), Eyzaguirre criticaba el excesivo protagonismo político que la democracia le había brindado a unas masas carentes de preocupaciones morales. Todo lo que había de sano y recto, fue avasallado por la petulancia, el hedonismo y las malas maneras de las multitudes. A finales de 1944 *Estudios* sostenía que la tragedia del siglo XX era el “dominio incontrarrestable del hombre de la calle” (F. 1944a:3). Con esto quería criticar la universalización del bienestar material que se había producido como correlato del triunfo de “los instintos de comodidad, de blandura, de chatez espiritual”. Así, todas las que aparecen como “conquistas sociales”, en realidad constituían asaltos contra los que mandan, los que tienen y los satisfechos. Las jerarquías de valores han sido trastocadas y “Chile se ha ido haciendo más y más plebeyo [...] El país se hace hueco y bullanguero” (F. 1944a:3). La educación laica, la acción de los demagogos de clase media y unas infladas expectativas de campesinos semi-indígenas habían desplazado a la antigua aristocracia de “sangre pura”. Pero la decadencia no se expresaba sólo en que el Estado había sido asaltado por sectores sociales indignos para las tareas públicas, sino en una perspectiva más amplia y cultural, en la alteración de jerarquías y autoridades naturales y tradicionales, como el sometimiento de la mujer al varón (Philippi, 1944:18–19; Vio Valdivieso, 1944:43).

Como expuso Francisco Cuadra (1992:47), estos grupos tienen una particular forma de concebir a la función pública, a la que le asignan connotaciones aristocráticas y separan de “toda consideración burocrática o funcionaria”. Su auto-imagen insiste en que está naturalmente orientada y dotada para las tareas de gobierno. De acuerdo con *Estudios*, la decadencia se expresaba en la descomposición de esta oligarquía: entre los descendientes de los constructores de la patria ha penetrado “el enriquecimiento y con él la molicie y el cosmopolitismo” (Eyzaguirre, 1941:5; Vio Valdivieso, 1944:44). Se volcaron a la sofisticación y al culto de lo extranjero, todo lo cual está “en antítesis con las costumbres espartanas que hebraron nuestra grandeza” (Eyzaguirre, 1941:5). Ese auto-abandono del ascetismo fue, como se indicó arriba, señalado como la causa del ingreso del comunismo en Chile.

La influencia de Ramiro de Maeztu y su *Defensa de la Hispanidad* (1934) era evidente en la exaltación de la Conquista del siglo XVI: esta empresa era vista como una campaña espiritual, “depuradora de la herejía, del judaísmo y de los musulmanes” (Jara Hinojosa, 2005:145). Si la América hispana tenía una esencia, expresaba Eyzaguirre, era española y católica: de nada valían los indigenismos y otros autoctonismos de “retrogradación absurda e imposible” (Eyzaguirre, 1944a:8). Después de todo,

“lo que los conquistadores destruyeron apenas es comparable con lo que transportaron de cultura, y nadie puede ahora sentir merecida nostalgia por los sacrificios humanos de los aztecas, la antropofagia de los caribes o la magia negra de los araucanos” (Eyzaguirre, 1944a:8).

Esta y otras numerosas citas de Eyzaguirre son las que nos inhiben de avalar la idea de Carlos Ruiz (1992a:29) de que la interpretación de la identidad histórica de América Latina y de Chile que mostraba Eyzaguirre navegara entre el “panamericanismo pronorteamericano” y “la interpretación indigenista cercana a la izquierda y al populismo”. La identidad de Hispanoamérica estaba ya cifrada en su vida colonial: las variaciones negativas que el liberalismo habían introducido en su vida desde 1810 implicaban negar al “Chile real”, autoritario, jerárquico, recio y varonil. Ese “Chile real”, deformado desde el siglo XIX al igual que el resto de las “hijas de España”, no era apto para la democracia por sus “condiciones étnicas e históricas” (Ycaza Tigerino, 1944c:8). Esa caracterización socio-racial del continente no sólo requería un tipo de gobierno particular, sino que traía implícitas misiones y responsabilidades. Eyzaguirre pensaba que solamente las repúblicas hispano-americanas podrían salvar al mundo de su egoísmo auto-destructivo, pues tenían la necesaria vocación misionera y “una fuerza política lo suficientemente espiritualista y heroica para realizar en la Historia un Orden Cristiano Universal” (Eyzaguirre, 1944b:6).

¿Cómo salir del atolladero? No sería con sufragios o con golpes palaciegos, como intentó el MNS. La solución autoritaria, clericalista y elitista, dirigida por una mano férrea, era la única que se preveía dotada de la suficiente fuerza para torcer el destino. La salvación residía en volver al orden que España había impuesto, un orden de hombres temerosos de Dios y alejados del materialismo y el liberalismo anglosajón. Volver al ascetismo español, al espíritu de renuncia y al heroísmo desinteresado sería un medio para nuevamente “sentir en nuestras entrañas esa hambre de un Dios trascendente, tal como conmovió al español” (Gandolfo, 1944:39). Sería “un vigoroso movimiento que venga desde arriba, desde la cima del Estado, que vuelva a sus cauces la corriente dispersa y moribunda” (Oyarzún, 1944:4). Este movimiento debía encarar una “revolución contra el hombre de la calle”, una revolución que fuera en su esencia y procedimientos “antimoderna” (F. 1944a:6). Ese movimiento no debería preocuparse por interpretar “los anhelos de las masas”, sino que sería una “revolución de solitarios” con vidas ejemplares y heroicas. Los protagonistas de esa revolución serían hombres violentos, aventurados e intransigentes, que lucharían por la búsqueda de la verdad y no por “el aplastamiento del capitalismo o de cualquiera otro de los ismos” (F. 1944a:6). Así, por el camino de una regeneración impuesta por una minoría auto-seleccionada a unas masas inertes y pretenciosas, “se llegaría a restituir a los individuos y al país sus cauces naturales”. Esa juventud ardiente, valiente y misionera, era la única reserva incontaminada de Chile para enfrentar una tarea que “tiene un sentido casi religioso e implica esfuerzos y deberes por encima de la normalidad de estos tiempos de decadencia” (Orrego Vicuña, 1944:7). La juventud debía abandonar la tentación del extranjero, descubrir su patria y encomendársela a Cristo:

“Es tiempo que los cristianos comprendan que nace una generación que ve a su patria como una realidad auténtica, no como una mala reproducción, antes de Francia y ahora de Rusia [...] En esta posibilidad de una cultura nueva está también la posibilidad de otorgar a los valores teológicos y metafísicos el sitio que el mundo

actual les niega [...] Aquí junto a nosotros, está una patria que, o nace para Cristo, o se pierde irremisiblemente en la infidelidad vergonzosa” (F. 1944b:5–6).

La revolución implicaba mucho de restauración moral y cultural: había que encontrar el germen de la “renovación colectiva” en la propia tradición chilena, “ese cenáculo de recios valores morales” (Eyzaguirre, 1941:5).

IV. ANTICOMUNISMO Y CORPORATIVISMO EN LA GUERRA FRÍA (1946–54)

En 1946 el Frente Popular logró imponer al tercero de sus presidentes, el radical Gabriel González Videla. La particularidad inicial de su gobierno fue que contenía, por primera vez en la historia de Chile, a ministros comunistas. El Presidente intentaba de esta manera incitar al Partido Comunista a aminorar la creciente conflictividad sindical minera e industrial desatada tras el fin de la guerra (Bravo Ríos, 1955:186). La agitación obrera se había incrementado notoriamente en esos años, entre otras cosas por el renacido enfrentamiento entre socialistas y comunistas: en 1944 en 60 huelgas intervinieron 26.000 obreros, mientras que en 1945 unas 512 huelgas convocaron a 80.000 participantes (Correa Sutil, 2004:113). Pero los ministros comunistas sólo duraron cinco meses en el gabinete. Las razones de su salida fueron al menos tres: 1) el Partido Radical veía con preocupación el crecimiento del comunismo en los sufragios municipales de abril de 1947; 2) no era menor el rechazo de los latifundistas ante la promoción de la sindicalización rural que llevaba adelante el Partido Comunista; 3) las presiones de Estados Unidos para que González Videla se deshiciera de esos ministros a cambio de seguir recibiendo ayuda financiera (Halperin, 1965:53).

Las relaciones entre el gobierno y el Partido Comunista desembocaron en un choque abierto cuando González Videla ilegalizó al partido en 1948, utilizando como excusa una huelga de mineros (Angell, 1997:97; Bravo Ríos, 1955:189). La aprobación de la “Ley para la Defensa de la Democracia” implicó que los dirigentes del Partido Comunista fueran internados en campos de detención o debieran exiliarse y que sus afiliados perdieran el derecho a votar. Además del gobierno, la Iglesia y los conservadores, hubo otros sectores políticos que presionaron para que el Presidente se deshiciera de los comunistas, asumiendo la lógica de la guerra fría y su manía persecutoria. La Acción Chilena Anticomunista, orientada por Jorge Prat, fue uno de los grupos más encarnizados en esa lucha (Valdivia, 1995a:31; 1995b:13). Otra de las más voces estridentes fue la de Sergio Fernández Larraín, diputado y presidente de la Juventud Conservadora, quien inició una virulenta campaña anti-comunista. Pero entre todas las agrupaciones y figuras que participaron de la campaña anticomunista desatada en 1946 se destacaron las

renacidas corrientes corporativistas. Dentro de ellas se contaban el grupo de los Estanqueros (y su revista *Estanquero*) y el PAL, que se convirtieron en dos de los principales apoyos de Ibáñez durante su posterior Presidencia.

El grupo nacionalista y tradicionalista de los Estanqueros fue creado por Jorge Prat tras la designación de los ministros comunistas, constituyendo un núcleo estrecho pero con influencia sobre empresarios y políticos de derecha. Carlos Ruiz (1992b:103) ha señalado que la contribución más original de los Estanqueros se expresa en la formulación de un proyecto que era a la vez “nacionalista, autoritario, radicalmente anti-comunista y anti-partidos” y que tenía *in mente* como modelo a la experiencia peronista. Los Estanqueros, al igual que antes los hombres de *Estudios*, se sentían alienados de las agrupaciones partidarias, y preferían acercarse a la política *desde* la cultura, en un gesto de altivez aristocratizante y desprecio por la política de masas y el diálogo interpartidario. La auto-imagen de los Estanqueros era la de hombres que “no se exponen a luchas pequeñas y marrulleras y desdeñan la macuquería criolla y el halago de las masas” (“Candidatos y partidos”. 1948:14).

La tradición ultramontana y corporativista que *Estudios* inició en 1933, fue continuada por *Estanquero. Revista de afirmación nacional* (1946–55).² En sus páginas encontraron amplia recepción y comentario tanto los discursos conspirativos anti-comunistas así como las versiones antisemitas, relanzadas con motivo de la llegada de inmigrantes europeos judíos en la segunda posguerra. La revista asumía, al igual que el MNS, las influencias de Alberto Edwards y Francisco Encina, así como del corporativismo y el hispanismo de *Estudios*. El hispanismo profesado por la revista *Estanquero* era diferente del desplegado por Eyzaguirre, ya que se producía en un momento en el que el franquismo tenía mayor prestigio entre las personas de derecha, ya que no tenía que competir por generar adhesiones con el fascismo y el nazismo, derrotados en el campo de batalla. El hispanismo de *Estanquero* apuntaba no sólo contra la democracia sino contra las pretensiones hegemónicas de Washington, en una suerte de tardo-ariélismo (“Colaboración, no vasallaje”. 1947:1).

El anticomunismo marcó desde el inicio el discurso de los Estanqueros, que promovieron en 1947 una “campana de higiene” que barrera no sólo con las autoridades comunistas sino con los “emboscados y sus auxiliares más fervorosos, aunque no sean oficialmente comunistas” (“La Semana Nacional”. 1947a:15; “La Semana Nacional”. 1947b:8). El comunista no era un partido más, sino una “secta extranjera dispuesta a barrer con los conceptos básicos de Patria, de la civilización cristiana, de su tradición y sus instituciones” (“La Semana Nacional”. 1948a:5), que se había expandido gracias a la “terrible miseria y trágica ignorancia de nuestro pueblo” y a “la cerrazón capitalista” (“La Semana Nacional”.

² El otro subtítulo de la revista era *Orienta – Informa – Depura*. El director de la revista era Rafael Valdivieso y los editores fueron Jorge Prat Echaurren y Jorge Castillo. Prat Echaurren fue presidente de la Juventud Conservadora y posteriormente ministro de Hacienda de la Presidencia de Ibáñez (Valdivia. 1995b:39–57).

1948b:5). En los momentos más álgidos de la campaña anti-comunista, *Estanquero* expresó que el marxismo era “una aberración psíquica que se estrella contra todos los medios de persuasión y que es independiente de la condición económica de las masas obreras” (“El complemento indispensable”. 1947:3). Era necesario ilegalizar al Partido Comunista, ya que, mientras éste perviviera, “todas las tentativas de restaurar la vida normal del país se verán frustradas” (“Tarea previa”. 1947:1. “La Semana Nacional”. 1948c:5. “La Semana Nacional”. 1947b:3.).

La caracterización del comunismo se enmarcaba en una interpretación más general del segundo cuarto de siglo chileno, al que se consideraba signado por la irrupción desmedida y ambiciosa de las masas trabajadoras en la política: irrupción que se consideraba estimulada demagógicamente por el comunismo (“Gobierno de salvación nacional”. 1947:13). Esta interpretación sostenía que Chile estaba pasando por una crisis moral de gran profundidad. Las opciones que enfrentaba el país eran agónicas, maniqueas y urgentes: el trabajo intenso o la molición, acabar con las “apetencias electoreras y presupuestívoras de los partidos” o caer en la anarquía (“El mal de Chile”. 1948:13). Esa crisis moral se expresaba en la libre circulación de las ideas izquierdistas y la incapacidad de los partidos políticos para reconstituir la autoridad y la representación social. Una democracia liberal vieja, inútil y falseada le brindaba al comunismo el amparo necesario para expandirse (“La Semana Nacional”. 1947c:2). La democracia le daba poder de decisión a sujetos que no estaban moral ni intelectualmente preparados para esa dignísima tarea, conduciendo a las masas a través del cohecho y la demagogia, “el instinto y la emoción incontrolada” (“Política de pan y circo”. 1947:15). “La democracia sólo es posible”, expresaba la dirección de la revista, “cuando la mayoría de un pueblo es lo suficientemente culta para permitir que los verdaderamente cultos gobiernen” (“A propósito de la democracia”. 1948:15).

La “postración chilena” expresaba el triunfo de las masas seguidoras de estímulos materiales (“el siglo del hombre de la calle” había sentenciado *Estudios* en 1944), el predominio de la mediocridad sobre los valores. Fruto de ello es que se especule con la posibilidad de extender el derecho a voto a las mujeres, tras lo cual “mañana se pensará en el sufragio infantil” (“El verdadero problema”. 1947:1). La solución política de Chile no podía residir en el ingreso “de masas incontroladas a la acción pública”, sino en la “incorporación jerarquizada” de los distintos tipos de hombres, “los que producen, los que piensan y dirigen la vida espiritual” (“Presencia del pueblo”. 1948:3). Este corporativismo no le asignaba preponderancia al Estado como había hecho el MNS, sino que le daba especial relevancia a los cuerpos intermedios, como había señalado Eyzaguirre (Valdivia, 1995b:16).

Las grandes tareas políticas que reclamaba el momento no podían ni debían ser encaradas por las masas, sino por una “minoría rectora”, que se encargaría de brindar una “lección viva y concreta para el pueblo” e instaurar un orden político “intrínsecamente ajeno a la demagogia y a la politiquería” (“Balance necesario”. 1947:15; “Morir callados”. 1947:15). Las similitudes con las propuestas de *Estudios* son bastante cla-

ras. Era necesario que una minoría de “hombres limpios y rectos”, expresaba un editorial, se pusiera a la cabeza de ese proyecto “resueltamente, quijotesicamente, impregnados en todo caso con el lema de Chile: vencer o morir” (“Tarea de unidad”. 1948:3). Serían “hombres de gran firmeza y solvencia moral, dispuestos a poner atajo a la ambición política de las masas” y que a través de su “ejemplo y la propaganda estatal” crearán “una mística del trabajo y de la austeridad” (“Gobierno de salvación nacional”. 1947:13). Ese proyecto debía resultar en la erección de un nuevo Estado portaliano. Éste significaba ante todo autoridad y gobierno sin demagogia ni atención a intereses privados.

Nunca se detalló demasiado en qué consistía el “Estado portaliano” que debía reemplazar a la democracia representativa, aunque era evidente su contenido autoritario (Fariña Vicuña, 1990:122 y siguientes). Este nuevo Estado debería realizar la pospuesta unidad nacional, por lo que no podía identificarse con las derechas ni izquierdas ni “depender de la voluntad de las masas” o de combinaciones de partidos. Lo más importante de todo, quizás, es que por la naturaleza histórica de su misión, este Estado se legitimaba a sí mismo y no debía rendir cuentas a la sociedad: “sería un puro sueño si se le hace depender de mayorías transitorias” (“Dictadura y legalidad”. 1947:14. “El Estado portaliano”. 1947:13). El Estado portaliano debía imponer una nueva legalidad, distinta a la decimonónica, liberal e individualista (“Un nuevo frente de lucha”. 1948:15). El novedoso cuerpo legal permitiría edificar el “Estado portaliano” usando metodologías políticas anti-igualitarias y reaccionarias, abandonando

“la chocha concepción rousseauiana, que ve al pueblo como una masa inorgánica de individuos libres y soberanos que, voluntaria y contractualmente, forman la sociedad civil y el Gobierno y deciden arbitrariamente de sus destinos por simple mayoría de sufragios” (“Dictadura y legalidad”. 1947:14).

Si bien la revista *Estanquero* fue una de las más importantes promotoras de las experiencias corporativas en el Chile de la segunda posguerra, no fue la única. Estuvo acompañada por una agrupación política con intereses similares, el PAL, formado en 1945 por hombres provenientes del Partido Agrario, de la Acción Republicana, del nacismo, del ibañismo y del MNCH. Guillermo Izquierdo Araya, proveniente del nacionalismo, fue uno de sus orientadores ideológicos.³ Si el PAL tomó de los nacistas el espíritu de intervención directa en la política, de Eyzaguirre y de *Estudios* heredó el hispanismo elitista. Con influencias del peronismo, del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia y del aprismo peruano, el PAL promovía la organización corporativa de los “productores”, a la

³ El segundo lustro de la década de 1940 fue de enorme protagonismo para Izquierdo Araya. En 1945 junto a otros miembros de la Unión Nacionalista creó un grupo secreto llamado “Los cóndores”, destinado a penetrar y dirigir a partidos políticos. En 1947 Izquierdo recibió una beca del gobierno argentino y al año siguiente fundó la Acción Chileno-Argentina, una organización pantalla, que se dedicó a conspirar contra el gobierno de González Videla sirviéndose muy probablemente de dinero de autoridades peronistas (Valdés Urrutia, 2000:153; Machinandiarena y Escudé, 1997:197).

vez que estimulaba un nacionalismo orgánico que fuera capaz de superar la lucha de clases (Correa Sutil, 2004:50).

De acuerdo con lo que ha relevado Garay Vera (1990:60–79), el PAL reunía tanto la voluntad de restaurar tradiciones políticas chilenas (el remanido “Estado portaliano” y la disciplina social) como de instaurar una nueva organización de la representación que superase el umbral contractualista. El “nuevo” corporativismo tenía mucho del que en la década de 1930 motorizaba Eyzaguirre: es decir, se acercaba más a la doctrina del subsidiarismo estatal que al fascismo (Garay Vera, 1990:66; para una opinión divergente, Ramírez Necochea, 1978:22–23). En este corporativismo no hay lugar para la promoción de un régimen fascista, en el que el Estado absorbe a la sociedad. Se trataba, más bien, de fortalecer a los grupos intermedios, la Iglesia y los gremios de productores antes que de someter a la sociedad a la intervención creciente del Estado. Como expresó Izquierdo Araya (1954:25) siendo senador por el PAL:

“Todo individuo en la sociedad contemporánea debe desempeñar una actividad concreta en un determinado cuadro social y participar en una o varias funciones sociales. Las instituciones sindicales vienen a ser, necesariamente en la sociedad contemporánea, los órganos naturales por medio de los cuales se expresa y se manifiesta la vida nacional. En ellos los individuos desempeñan sus actividades productoras manuales e intelectuales”.

Las ideas de Izquierdo Araya no eran nuevas. Hacía dos décadas que venía propugnando la necesidad de abandonar las viejas formas de gobierno y de gestión pública: tanto las cámaras fascistas como los planes quinquenales soviéticos expresaban mejor el espíritu “técnico” con que debían tratarse las cuestiones sociales. La propuesta corporativa de Izquierdo Araya (1934:497) apuntaba a “racionalizar la democracia”, lo cual consistía en:

“agrupar a los individuos por intereses y encuadrarlos en la función que correspondía; reemplazar el juego de los partidos políticos en el escenario de la vida pública, por el juego libre y consciente de los gremios diseminados en sindicatos y en el escenario de la respectiva función del Estado (función biológica, educativa, administrativa, judicial y económica)”.

Lejos de haber renegado de sus ideales corporativistas de los años '30, en la década siguiente Izquierdo Araya siguió pensando que debía promoverse un “Estado orgánico” que se sirviera de la “representación funcional sobre la base de un sufragio calificado [...] en el seno de los sindicatos, gremios y corporaciones” (MNCH, 1941:14). En esa ocasión insistió con la idea del divorcio entre el “país vivo” y el “país legal”, uno representado por “las fuerzas de la producción, del comercio y del proletariado manual e intelectual” y otro por “la política partidista”.

Mientras fue miembro del PAL, Izquierdo Araya expresó la interpretación histórica y política dominante en el partido. Esa línea avanzaba en el sentido de mostrar la contradicción entre el “país real” y el “país legal” como el motor de la historia chilena. La lucha que marcó a fuego al país se daba entre aquellos que deseaban plena consonancia entre “el espíritu de la Nación” y el “aparato jurídico” y los que “obcecadamente se cierran a este camino” (Izquierdo Araya, 1954:15). En su discurso de asunción como senador volvió a replicar la tesis sobre la división entre:

“el Chile que vive sus problemas y sus ansias y el Chile jurídico construido en otras épocas y que marcha tardíamente, con pasos atrasados frente a la velocidad creciente de la intensa vida que anima a un país ansioso de superarse” (Izquierdo Araya, 1954:7).

Izquierdo señalaba que los tiempos requerían un encuadre corporativo–sindical, que les permitiese a los individuos una plena funcionalidad. Sólo el régimen orgánico que proponía permitiría evitar la reproducción en Chile de “un régimen monstruoso de Estados intervencionistas” (Izquierdo Araya, 1954:8).

V. CONCLUSIONES

Después de la Segunda Guerra Mundial, la disyuntiva entre reformas sociales y democracia política parece haber sido intensa en América Latina. El régimen democrático, especialmente si era parlamentario, era fustigado por la izquierda (por considerarlo demasiado lento para encarar reformas) y por la derecha (por creerlo demasiado sensible a las políticas “demagógicas”). Chile fue capaz de resistir esta tensión y se convirtió en uno de los pocos países donde reformas sociales de cierta envergadura se pudieron desarrollar dentro de las instituciones democráticas hasta inicios de la década de 1970 (Buchrucker, 2003:11). Un juego permanente de coaliciones parlamentarias le brindaba al país gobernabilidad democrática a la vez que un camino fértil para la reforma social. La estabilidad política vivida en el segundo tercio del siglo XX aprovechó –a la vez que fomentó– la debilidad de las corrientes de extrema derecha (fascistas, corporativistas, ultra–católicos y nacionalistas). ¿Cuáles son las razones de esa impotencia de las ideologías antiliberales de derecha, como el corporativismo?

Por un lado, hay que recordar que la fortaleza de la derecha tradicional, la continuidad y legitimidad de los juegos electorales y la presencia de ideologías reformistas e izquierdistas en sectores del Ejército le quitaron capacidad de maniobra a los partidos nacionalistas, corporativistas y fascistas. La experiencia de la República Socialista de 1932, en la que habían intervenido directamente altos rangos de las Fuerzas Armadas convenció a la derecha tradicional de la necesidad de preservar a los militares alejados de la política (Co-

rea Sutil, 2004:67). Los temores que la izquierda y el movimiento obrero suscitaban en los grupos conservadores reducían las tentaciones de forzar una ruptura definitiva entre los grupos de derecha extrema y tradicional. La confianza que ésta tenía en su propia capacidad la impulsaba a prescindir de alianzas siquiera temporales con los grupos más radicalizados, ligados al fascismo y al antiparlamentarismo. Sofía Correa (2004:82) ha destacado que la capacidad de adaptación y flexibilidad de esa derecha le permitió conservar altas cuotas de poder hasta la década de 1960, sin necesidad de aliarse a las voces más extremas. El Partido Conservador, plenamente articulado a la Iglesia Católica, poseyó una notoria fortaleza electoral hasta 1964, al igual que el Partido Liberal. A esa derecha le bastaba con el ejercicio de sus mecanismos tradicionales para retener el poder (cohecho, lealtad electoral de la masa de inquilinos, redes clientelares urbanas, voto católico, cooptación de autoridades, etc.).

De allí el escaso oxígeno político que tuvieron los grupos de la derecha fascista o corporativista en Chile en las décadas posteriores a 1930. No consiguió articular un proyecto socialmente compartido e inclusivo que aglutinara un número significativo de voluntades, salvo la experiencia del MNS, que arañó 4% de los votos en 1937. El proyecto corporativo no logró desarrollar planteos y propuestas aplicables a la realidad nacional y sus problemas sociales: el principismo y aristocraticismo del que se sirvieron *Estudios* y *Estanquero* relegaron las posibilidades de que el corporativismo se transformara en prenda de unión de grupos significativos de la vida social y política chilena, como ha recordado Fariña Vicuña (1990:142). Cuando los corporativistas tuvieron ciertas cuotas de poder, durante la Presidencia de Ibáñez, no lograron convencer de (ni imponer) sus proyectos legislativos para conducir a Chile hacia una “democracia orgánica”, no ya al grueso de la sociedad, sino al propio PAL.

REFERENCIAS

“A propósito de la democracia”. 1948. *Estanquero*, junio 19.

Angell, Alan. 1997. “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, en *Historia de América Latina*, editado por L. Bethell. Tomo XII. Barcelona: Crítica-Grijalbo.

Astaburuaga Echenique, Ricardo. 1944. “El nuevo rostro comunista”. *Estudios* 138.

“Balance necesario”. 1947. *Estanquero*, julio 19.

Bravo Ríos, Leónidas. 1955. *Lo que supo un auditor de guerra*. Santiago: Editorial del Pacífico.

Buchrucker, Cristián. 2003. *Identidades nacionales y cultura política antidemocrática. Trayectorias históricas del Cono Sur en el siglo XX*. Valencia: Ponencia en el Congreso “La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico”.

- “Candidatos y partidos”. 1948. *Estanquero*, abril 10.
- Catalán, Gonzalo. 1985. “Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: la revista *Estudios*. 1933–38”, en *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, editado por J. Brunner y G. Catalán. Santiago: FLACSO.
- “Colaboración, no vasallaje”. 1947. *Estanquero*, agosto 16.
- Correa Sutil, Sofía. 2004. *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago: Sudamericana.
- Covarrubias, María Teresa. 1987. *1938: la rebelión de los jóvenes*. Santiago: Aconcagua.
- Cuadra, Francisco Javier. 1992. “Aspectos del pensamiento de la derecha en Chile”, en *El discurso de la derecha chilena*, editado por C. Ruiz y F. Cuadra. Santiago: CERC–CESOC.
- “Dictadura y legalidad”. 1947. *Estanquero*, agosto 23.
- Durelli, Augusto. 1941. “Liberación de la libertad”. *Estudios* 107.
- “El complemento indispensable”. 1947. *Estanquero*, julio 12.
- “El Estado portaliano” 1947. *Estanquero*, agosto 30.
- “El liberalismo causa del comunismo”. 1937. *Estudios* 54.
- “El mal de Chile”. 1948. *Estanquero*, julio 3.
- “El verdadero problema”. 1947. *Estanquero*, julio 5.
- Etchepare Jensen, Jaime y Stewart Hamish. 1995. “Nazism in Chile: A particular Type of Fascism in South America”. *Journal of Contemporary History* 30–4.
- Eyzaguirre, Jaime. 1937. “Notas editoriales”. *Estudios* 53.
- . 1938. “Inmersión en el materialismo histórico”. *Estudios* 73
- . 1941. “Para la salvaguardia de nuestro destino histórico”. *Estudios* 107
- . 1944a. “Hispanoamérica del dolor”. *Estudios* 133–134.
- . 1944b. “Presencia histórica de Hispanoamérica”. *Estudios* 141.
- . 1944c. “Editorial”. *Estudios*, 133–134.
- F. 1944a. “El siglo del hombre de la calle”. *Estudios* 142.
- . 1944b. “Oportunidad cristiana”. *Estudios* 138.
- Fariña Vicuña, Carmen. 1990. “El pensamiento corporativo en las revistas *Estanquero* (1946–1955) y *Política y espíritu* (1945–1975)”. *Revista de Ciencia política* XIII:1–2.
- Gandolfo, Rafael. 1944. “España en Iberoamérica”. *Estudios* 133–134.
- Garay Vera, Cristián. 1990. *El Partido Agrario Laborista, 1945–1958*. Santiago: Andrés Bello.
- “Gobierno de salvación nacional”. 1947. *Estanquero*, agosto 2.

Halperin, Ernst. 1965. *Nationalism and Communism in Chile*. Massachussets: M.I.T. Press.

Halperin Donghi, Tulio. 2005. *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Izquierdo Araya, Guillermo. 1934. *La racionalización de la democracia. Un estudio de las nuevas tendencias constitucionales*. Santiago: Imprenta Universitaria.

———. 1954. *El drama de Chile*. Santiago: Partido Agrario Laborista.

Jara Hinojosa, Isabel. 2005. *Acción cultural del franquismo en Chile, 1938–1948. La embajada y la hispanidad*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra (inédito).

“La Semana Nacional”. 1947a. *Estanquero*, agosto 30.

———. 1947b. *Estanquero*, julio 5.

———. 1947c. *Estanquero*, agosto 9.

———. 1948a. *Estanquero*, junio 19.

———. 1948b. *Estanquero*, mayo 1.

———. 1948c. *Estanquero*, enero 10.

Larraín Errázuriz, Manuel. 1944. “Mensaje social católico”. *Estudios* 138.

Larson, Oscar. 1941. “Homenaje nacional”. *Estudios* 105–106.

Lvovich, Daniel. 2003. *Nacionalismo y antisemitismo*. Buenos Aires: Vergara.

Machinandiarena de Devoto, Leonor y Carlos Escudé. 1997. “Las relaciones argentino–chilenas, 1946–53 y las ilusiones expansionistas del peronismo”, en *Argentina–Chile, ¿desarrollos paralelos?*, compilado por T. Di Tella. Buenos Aires: Nuevohacer Grupo Editor Latinoamericano.

“Morir callados”, 1947. *Estanquero*, julio 12.

Movimiento Nacionalista de Chile (MNCH). 1941. *El M. N. CH. y la “democracia”. Síntesis de la defensa del movimiento nacionalista de Chile ante la Iluma. Corte de Apelaciones de Santiago por Guillermo Izquierdo Araya*. Santiago.

Orrego Vicuña, Eugenio. 1944. “El destino de Chile”. *Estudios* 140.

Oyarzún, Luis. 1944. “La necesidad de un heroísmo nacional”. *Estudios* 135.

Philippi, Sara I. de. 1944. “El rol de la mujer chilena”. *Estudios* 138.

“Política de pan y circo”. 1947. *Estanquero*, julio 5.

“Presencia del pueblo”. 1948. *Estanquero*, marzo 6.

Ramírez Necochea, Hernán. 1978. “El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970”. *Araucaria de Chile* 1.

Ravest, Adolfo. 1938. “La política comunista de la mano tendida”. *Estudios* 73.

Ruiz, Carlos. 1992a. “Tendencias del pensamiento político de la derecha chilena”, en *El discurso de*

la derecha chilena. editado por C. Ruiz y F. Cuadra. Santiago: CERC–CESOC.

———. 1992b. “El conservatismo como ideología. Corporativismo y neo-liberalismo en las revistas teóricas de la derecha”. en *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*, editado por R. Cristi y C. Ruiz. Santiago: Editorial Universitaria.

“Tarea previa”. 1947. *Estanquero*. agosto 30.

“Tarea de unidad”. 1948. *Estanquero*. febrero 21.

“Un nuevo frente de lucha”. 1948. *Estanquero*. enero 31.

Valdés Urrutia, Mario. 2000. “Conspiración en contra del presidente de Chile Gabriel González Videla. La manipulación del descontento militar (1948)”. *Cuadernos de Historia* 20.

Valdivia, Verónica. 1995a. *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938–1952)*. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.

———. 1995b. *Nacionalismo e ibañismo*. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.

Vio Valdivieso, Francisco. 1944. “Una clase en descomposición”. *Estudios* 132.

Ycaza Tigerino, Julio. 1944a. “La obediencia y el salario”. *Estudios* 135.

———. 1944b. “Ante los síntomas de la infidelidad”. *Estudios* 138.

———. 1944c. “Elementos de la anarquía hispanoamericana”. *Estudios* 141.

———. 1944d. “Chile y la anarquía hispanoamericana”. *Estudios* 142.